CONCLUSIÓN

Señor redactor encargado de la sección de *Política menuda* de *El Siglo Futuro*:

Muy señor mío y respetable compañero: Nunca ha estado el orden público más amenazado que lo que estamos nosotros en este momento. Ni por consecuencia de la fusión de 1843, ni por efecto de la fusión de 1868, ni ante los síntomas que presenta la fusión de 1880, que son las tres fusiones más célebres de nuestra historia.

Yo, antes tenía barbería fija como los antiguos políticos tenían partido fijo;

pero desde que provocó su apreciable periódico esta batalla de cuentos, ando al salto de mata, es decir, de barbería en barbería, ó como si dijéramos, de partido en partido, como los políticos modernos, dando la preferencia á aquéllas en que tengo la seguridad de que no me conozcan, y pongan en acción, en el escenario de mi cara, no ya mis cuentos, sino los de usted, que es la única honra que, viniendo de tan buena parte, me atrevería á declinar.

Pues bien, estando ayer afeitándome tranquilamente en una de esas barberías, entró un caballero que tenía todo el aspecto de un diputado ministerial, por lo lánguido del semblante, que es en lo que ahora se diferencian los diputados de la oposición de los diputados de la mayoría, se sentó á esperar vez, y cogiendo El Imparcial, dijo con voz campanuda:

—¿Cuándo se cansarán de contar cuentos de barberos El Siglo Futuro y El Imparcial? No deben de haber conocido que el público se ha cansado ya de leerlos.

—A mí hace mucho tiempo que me cargan—dijo desde el otro extremo del salón el maestro, que estaba rizando el pelo á un polio apenas salido del cascarón, y que dijo, echando su cuarto á espadas en este diálogo, que yo oía sin pestañear:

—Decididamente, El Siglo Futuro y El Imparcial les han tomado á ustedes por molde de tontos.

Entonces sonó más cerca de mi propio oído una voz que exclamó:

—¡Si cayeran en mis manos esos señores periodistas que se están divirtiendo con nosotros!... Los había de afeitar de limosna.

¡Era la voz del dependiente que me estaba afeitando y que esgrimía la navaja con furor!

Yo no sé lo que pasó por mí en aquel momento, pero debí palidecer horriblemente, cuando el dependiente me preguntó:

--: Se ha puesto usted malo, caballero?
--No, señor---creo que le contesté---he

estado enfermo unos días, y son las consecuencias de la debilidad.—

Esta es nuestra situación, compañero; y creyendo cumplir con los deberes que impone este nombre, me dirijo á usteden consulta de cuál de los dos términos del terrible dilema en que nos encontramos encerrados, debemos elegir, ó dejar de contar cuentos de barberos, ó dejarnos la barba.

Espero su contestación, advirtiéndole que de optar por el último, me condenaría usted á estar en perpetuo desacuerdo con mi partida de bautismo, porque entre mi barba y yo hay lo menos diez años de diferencia: la tengo casi blanca.

De usted afectísimo compañero, seguro servidor Q. B. S. M., El redactor encargado de la sección de *Miscelánea política* de *El Imparcial*.

Señor redactor encargado de la sección de Miscelánea política de El Imparcial.

Muy señor mío y de toda mi consideración: Estoy enteramente de acuerdo con usted en la necesidad de dejarnos de cuentos... de barbería, no porque al terrible dilema por usted propuesto no se le pudiera hallar un tercer término, el de afeitarnos solos (sistema conservador), sino porque esta mañana he recibido por el correo interior la siguiente confidencia: «Querido A.: Sé positivamente que afeitándose ayer el Sr. Blas, que felizmente rige en la fiscalía de imprenta, se puso á leer en El Imparcial los cuentos de afeitar de este diario y de El Siglo Futuro. No sé cuál de ellos le tentó á risa, lo cual fué ocasión de que el barbero, sin poderlo remediar, le señalase un rasguño. Excusado es decir que esto le puso de un humor endiablado, y salió protestando denunciar los primeros cuentos de barbería que tengan algún pelo. Te lo avisa para tu gobierno tu afectísimo, R.»

Ya ve usted que esto es más grave to-

davía. Conque, por mi parte, renuncio á seguir contando cuentos de esa índole.

De usted afectísimo y S. S. Q. B. S. M., El redactor encargado de la sección de Política menuda de El Siglo Futuro.

Cuentos varios

Fernando VII profesaba gran afecto al inolvidable Antonio Guzmán; pero como el afecto de los reyes es siempre disputado, no faitó quien, para entibiarle, echara á volar en palacio la especie de que el célebre actor había sido miliciano en la primera época constitucional.

Llegó á oídos de D. Fernando, y la primera vez que Guzmán se presentó en palacio, le preguntó el rey:

-¿Es verdad que has sido miliciano,